



ANO II

← BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1883 →

NUM. 77



¡CELOS! dibujo por F. Binden

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS. NI TANTO NI TAN POCO, por don Carlos Coello.—EL BUEN PAÑO..., por don Rafael García Santisteban.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Lo que son las combinaciones químicas*, por don José Echegaray.

GRABADOS.—¡CELOS! dibujo por F. Binden.—VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris.—INDEPENDENCIA, copia de una escultura de don Medardo Sanmartí.—TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle.—SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid.—Lámina suelta: DIANA CAZADORA, cuadro por Hans Mackart.

REVISTA DE MADRID

Nuevo modo de recetar.—Una cosa buena.—La exposicion minera.—Su estado: impresiones que produce.—Compendio de la historia del trabajo.—Reparacion de fuerzas.—Particularidades de las instalaciones.

Cierto doctor que visitaba á un cliente suyo de carácter atrabiliario, tético, melancólico, le dijo uno de estos dias despues de tomarle el pulso:

—Usted necesita distraccion... pasee V. mucho; y sobre todo, vaya á la Exposicion de minería muy á menudo.

El enfermo ha seguido al pié de la letra los consejos del facultativo.

Ayer le encontré y me dijo:

—Estoy mejor... mucho mejor. Durante ocho dias he visitado mañana y tarde la Exposicion mineralógica. Me la sé de memoria. Podria decir á V. cuántos ejemplares de mineral hay en todas las instalaciones, qué número de gotas de mercurio han caido en el pilon de la fuente, qué edad tienen los fósiles expuestos en las varias colecciones que allí se encuentran, de cuántas piezas constan los preciosos mosaicos expuestos por la casa S. Paul de Bilbao, y qué número de vueltas han dado los volantes de la «Maquinista terrestre y marítima» de Barcelona.

Tengo además en mi casa prospectos de todas las aguas minerales de España. Forman esas instalaciones un cinturón de salud en el perímetro del *Pabellon Anejo*. Aquello es una sinfonía de bienandanza y de felicidad. Las aguas contenidas en millares de botellas lo curan todo. Es imposible pasar por aquellas galerías sin ponerse bueno.

—¿De modo que V. cree que esto ha producido su mejoría?

—¡Oh! no, ¡qué diantre! Yo era un enfermo de espíritu: mi dolencia era moral. Sentía el abatimiento de la patria. Todo me parecia malo entre nosotros. ¡Ya sabe V.! Son las señales del tiempo, esas lamentaciones sobre las cosas de España. Se maldice de todo lo nuestro, se cree que somos incapaces de realizar nada que sobresalga de la vulgaridad y de la rutina... Este es un país perdido, —dicen muchos,— y yo era uno de los corifeos de esa tendencia denigrante. Todo ello me habia puesto melancólico, triste, descorazonado, y no sé á qué punto me habria conducido mi enfermedad moral si el médico no me hubiese recetado la visita á la Exposicion minera.

¡Hoy la he visto!... La he visto y me ha gustado...

Hoy creo en el país.

He salido de la Exposicion transformado, engrandecido.

Es una de las cosas más bellas y más completas que España ha realizado. Ahora me siento mejor; todo me parece risueño, todo lo veo de color de rosa. El ensayo es digno de aplauso y de alabanza. Soy feliz, amigo mio, soy feliz... ¡Viva España!

Las exclamaciones de mi tético amigo son las de todo el mundo.

Yo mismo he visitado varias veces la Exposicion para comunicar mis impresiones á los numerosos lectores de LA ILUSTRACION ARTISTICA, y confieso que estoy maravillado.

Y eso que aún no está del todo terminada.

Es ya una condicion inherente á todas las Exposiciones el que se abran faltando aún mucho para su conclusion definitiva.

Esto no es ni puede ser un cargo serio para la comision organizadora.

En todas partes sucede lo mismo; y Madrid no ha de ser un modelo de puntualidad comparado con Paris, Londres, Viena, Filadelfia, Amsterdam, etc.

Los proyectos se hacen rápidamente; el pensamiento devora las distancias; es un privilegio de la imaginacion enardecida por el entusiasmo el ver en un momento levantada con todo su esplendor la obra que despues ha de costar grandes esfuerzos materiales.

Tal pasó con la Exposicion de minería. Los obstáculos se han ido venciendo: todo el país ha contestado al llamamiento de los organizadores; multitud de pabellones de distintas formas se han ido esparciendo en la parte del Retiro ó Parque de Madrid conocida por el nombre de *Campo grande*, y hoy ofrece un punto de vista risueño, pintoresco, encantador, esa gran extension de terreno que contiene variadas y abundantes muestras de los fenómenos geológicos del planeta, de su vida prehistórica, de los distintos eslabones de civilizacion desde la edad llamada de piedra hasta la edad de la plata Meneses y de las mil industrias y aplicaciones metalúrgicas creadas por el ingenio humano.

La Exposicion minera durará algunos meses. No se

cerrará, segun se dice, hasta octubre ó noviembre venideros.

De modo que durante los meses de calor las cigarras de los árboles inmediatos solemnizarán con su perezosa música aquel poema del trabajo y de la energia del hombre.

¡Sí; es un poema, con cantos de piedra. La armonía resulta de los cambiantes, de los destellos de tanta faceta y de tanta cristalización como allí se hallan reunidas.

La mente humana se dice:

—Todo esto sale de la tierra.

Y entónces, ahondando un poco en el misterioso problema de los destinos humanos y en la lucha gigantesca de los séres para la conservacion de la vida, recorre la fantasía del observador todas las épocas y todas las civilizaciones y se ve al hombre troglodita, al hombre contemporáneo y compañero del elefante primitivo y del oso de las cavernas, al hombre pulimentador de los metales, al hombre guerrero, al hombre artista, buscando en los ricos yacimientos de mármol el material con que se han de eternizar las construcciones arquitectónicas y las bellezas estatuarias, y el hombre en fin de nuestros dias, sibarita, amigo de la comodidad y del *comfort* que ántes de que el sol lo arroje de aquel paraíso á las once de la mañana, ó de que la noche se le eche encima á las siete de la tarde exclama:

—¿Dónde se podrá comer aquí?

Y siguiendo por aquel laberinto de jardinillos y pabellones las elocuentes señas de un poste, muchas veces repetido, con un rótulo que dice: RESTAURANT y una mano indicadora, llega el visitante á un pabellon levantado junto á una plazoleta poblada de mesas, y donde por cinco pesetas, tratándose de almuerzo, ó siete si es comida, puede proporcionar cumplida satisfaccion al apetito que mina su estómago.

Es imposible dar aquí detalles de las instalaciones. Formarian un tomo. El Palacio Central,—digámoslo así aunque no esté en el centro—es notabilísimo, y honraria por sí solo este gran certámen de la riqueza minera española, y de nuestra industria metalúrgica.

Yo aspiro solamente á ser un eco del aplauso general...

Tan general—decia uno como el difunto *general Mina*...

Así es que lo mismo en este artículo que en los sucesivos he de mariposear alrededor de los objetos con el solo fin de arrancar ideas alegres á los negros bloques de carbon, á las macilentas pirámides de azufre y á las informes masas de hierro.

Con este carácter una de las cosas que más llamaron mi atencion fué una grandiosa jaula, riquísima de primores, que está expuesta en el *Palacio*.

La tal jaula me confundió. Todo lo creia propio de una exposicion de minería excepto una cárcel para encerrar habitantes del aire.

Pero me convenció la hiperbólica opinion de un visitante:

—Esto no será para pájaros—dijo.—¡Será para topos! Me humillé ante aquel modelo de topografía.

Más allá ví la instalacion de dinamita.

¡Horror!... Y se permite fumar en la Exposicion.

—¡Esto es natural—agregaba otro visitante.— Se fuma para que la exposicion sea verdadera.

—Pero... esos cartuchos de dinamita serán figurados...

—¡Sí, sí... no tienen mala figura!

En los pabellones particulares llaman la atencion los cañones del Cuerpo de Artillería.

Podrán barrer en un momento la Exposicion cuando se concluya.

Hay un artístico templete formado con botellas de agua de Loeches que hace estremecer ciertas partes del cuerpo.

La fuente de mercurio en la instalacion de Almaden es curiosísima. Tiene siempre á su alrededor una porcion de personas que alargan la mano para recoger en su palma unas gotitas del movable líquido.

Además las mujeres se miran en el fondo del pilon. Es un espejo perfectamente azogado.

La instalacion de Suecia es de las más notables. ¡Qué país tan adelantado aquel! ¡Y cómo responden á todos los llamamientos industriales! ¡Ellos que con tanta facilidad podrian hacerse el sueco!

La *Real compañía asturiana* ha construido el mejor de los pabellones... Está todo cubierto de zinc... ¡y hace un efecto tan sorprendente!

Pero la gran atraccion estriba en las *Minas de Rio Tinto*. Su pabellon está constantemente lleno. Preciosos ejemplares de mineral, hermosos planos de relieve, gusto, esmero, perfeccion... Todo lo tiene.

Decia un gran catador de vinos.

—Lo que menos me gusta en esta instalacion es el río.

—¿Porqué?

—Porqué en vez de ser *tinto* preferiria que fuese *blanco*.

PEDRO BOFILL

Madrid 15 Junio 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El salon.—*La tentacion de San Antonio*, por Carolus Durán.—Otra, por Frappa.—*Agar*, por Doucet.—Una vision de San Francisco.—*Andrómaca*, por Rochegrosse.

En nuestra penúltima revista, suspendimos la descripcion del *Salon* de este año, cuando empezábamos á ocuparnos de la pintura. Reanudando pues nuestra tarea, daremos cuenta de dos cuadros más; uno de ellos es el de Carolus Durand que figura *Una tentacion de San Antonio*.

Si no estuviera firmado por un artista tan eminente nadie repararia en él, pues es bastante mediano así en su conjunto como en los detalles.

Otra tentacion de San Antonio es la titulada *Una enviada del diablo*, cuadro de grandes dimensiones, pintado por José Frappa.

Una mujer bellísima con un manto y una esclavina á modo de capelo de cardenal, llama á la cabaña del Santo. La puerta entreabierta permite ver al eremita que está rezando en el interior. Está correctamente pintado, pero no nos da en manera alguna idea de las visiones delirantes que la mortificacion y la anémia debia de producir en la imaginacion sobreexcitada de aquellos ascetas de la Tebaida.

Agar es otro de los cuadros de asunto, si no religioso, al menos bíblico. Es una obra maestra debida al pincel de un artista muy joven. Luciano Doucet es un pensionado en Roma por Francia.

El cuadro representa á la infeliz esclava arrojada por órden de Iahveh de la casa de su dueño del cual habia tenido un hijo. Al bajar una cuesta pedregosa, devorada por la sed y vacío el jarro que llevaba, cae la infeliz rendida de fatiga. El cuerpo de *Agar* es de un contorno admirable.

Notable es tambien, aunque no tanto, el cuadro de Chartraus titulado *La vision de San Francisco de Asis*.

Despues de la pintura religiosa pasemos á ocuparnos de la histórica.

Muchos son los cuadros de este género que se han expuesto en el Salon; pocos los que sobresalen. Entre estos el de más importancia es el de Rochegrosse titulado *Andrómaca*.

Despues de tomada Troya, Ulises da órden á sus soldados de apoderarse del príncipe real Astianax, para arrojarlo desde lo alto de las murallas.

El tierno infante es arrancado á viva fuerza de los brazos de su madre *Andrómaca* por aquellos soldados feroces que acababan de incendiar la ciudad; *Andrómaca* lucha heroicamente con ellos para recobrar su hijo arrebatado por un soldado. La escena pasa al pié de una de las escaleras de la muralla; desde lo alto de los reductos penden los cuerpos yertos de algunos troyanos. Entre las ruinas del incendio al lado del muro salpicado de sangre, divisanse entre un carro y varios muebles rotos algunas cabezas cortadas y unos cuantos cadáveres horriblemente mutilados. En lo alto de la escalera y destacándose sobre el cielo enrojecido por el fulgor del incendio, divisase la figura impenetrable de Ulises, el cual presencia la escena con los brazos cruzados, esperando impávido que le traigan á Astianax.

El cuadro es imponente, y está pintado á lo Velazquez. Vigor, entonacion, movimiento, firmeza en el dibujo. Nada le falta. El asunto está bien sentido; el estilo de Rochegrosse tiene la energia épica que el asunto requiere.

Al mismo tiempo la investigacion histórica más rigurosa va unida á la ejecucion maestra.

Aquellos griegos brutales que el joven pintor nos presenta, nada tienen de comun con los helenos convencionales de Academia, inspirados en el Flaxman. Son al contrario, los soldados de la *Iliada* primitivos, con sus cascos de cobre groseramente claveteados, con sus arqueadas cimbras de pelo para resguardarles la cabeza de una cuchillada ó de un hachazo, con sus corazas de piezas de cobre, con sus aljabas de madera pintada, la barba crecida y la negra cabellera sujeta con una cuerda ó con una cinta, en fin, son los heroicos compañeros de Aquiles. No hay detalle alguno en el cuadro que no esté pintado con arreglo á los últimos conocimientos arqueológicos y que no conspire al efecto general de la obra, cosa harto rara puesto que en general los pintores que dominan los asuntos históricos hasta el punto de no escapárseles ningun detalle de época, se pierden en las minuciosidades arqueológicas olvidando el arte y convirtiéndose en artifices sabios; el vigor y la entonacion general están, por lo regular, ausentes de sus telas. No así Rochegrosse, el cual ha conservado tanto y de tal manera la impresion de conjunto que los minuciosos parisienses le han echado en cara el que *visé trop à l'effet*, como le dice uno de los críticos más renombrados de esta. Nosotros, preferimos el gran efecto dramático, cuando éste está bien hallado, á esta pintura detalladísima y miniada, perfectamente frívola, que se entretiene en presentarnos escenas pornográficas en el *budoir* de alguna perdida, ó estanterías llenas de *bibelots* que más que cuadros parecen *reclamos* de algun *Commissaire priseur* del Hotel Druot. Rochegrosse, lo repetimos, es un pintor que á la ciencia reúne el genio, sin que aquella disminuya en su ápice este.

En suma, la opinion pública ha saludado en Rochegrosse un genio, y el Jurado no ha podido menos de reconocerlo así dándole el premio del Salon.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

¡CELOS! dibujo por F. Binden

Refieren las crónicas venecianas que cierto caudillo oriundo de Africa, al servicio de la serenísima república de San Marcos, ahogó a su esposa bajo una almohada, por injustas sospechas de liviandad y en un arrebato de celos a estilo de Africa. El marido se llamaba Otelo, la esposa Desdémona. Desde entonces el nombre de Otelo es sinónimo de celoso hasta la ceguera, hasta el crimen, hasta la barbaridad.

Pues la trágica historia de los esposos venecianos parecería un idilio insípido si se hubieran trocado los sexos y Otelo hubiera llevado faldas. Entonces no hubiese quedado pedazo aprovechable del presunto culpado, porque la mujer celosa es un animal cuyo furor deja muy por atrás a los tigres de Hircania.

Son los celos una herida abierta en el amor propio del que los siente, y no hay amor propio como el de la mujer cuando otra mujer se atraviesa en el camino de sus amores.

Por esto la escena que representa nuestro cuadro nos hace sentir un desenlace terrible. La causa de los celos se halla a la vista. Sea el esposo, sea el amante, un hombre que ha jurado fidelidad eterna a una mujer, requiere de amores a una mujer que no es aquella mujer. La agravada presencia el ultraje, y si es cierto que los basiliscos matan con la mirada, ella, joven, poderosa, bella y envidiada, se convertiría de buena gana en ese animal repugnante, solamente por vengarse del amante infiel y de su perversa cómplice.

En una palabra, ruge la tempestad y el rayo se elabora en el corazón que hace poco destilaba miel purísima. La última escena del drama puede forjársela cada cual a su antojo. Por mi parte, confieso que no gusto de los finales a la Echegaray.

VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris

La fe es una gracia espiritual que se alimenta a menudo con la posesion de objetos materiales que apenas guardan con ella relacion alguna que tenga fundamento razonable. Verbigracia, han transcurrido cerca de diez y nueve siglos desde que el Redentor fué bautizado por el Precursor en el Jordan, y aún los poderosos de la tierra, empezando por los príncipes cristianos, se proporcionan agua de esero para lavar a sus hijos del pecado original.

Esos actos inspirados por la fe, que a través de los siglos encadena las ideas y los hechos de orden superior a ideas y hechos del más rudimentario realismo, explican la predileccion de ciertas almas ingenuamente piadosas por ciertos objetos, a los cuales atribuyen un mérito especial de que carecen; y dada esta predileccion, se explica por ella misma la frecuencia con que se explota por ciertos mercaderes. La acuarela que reproducimos corresponde a un acto de este género.

Un vendedor de rosarios, que califica de jerosolimitanos, halla manera de expender su mercancía gracias a la vestidura oriental con que se engalana y a las mil y una paparruchas que a propósito de aquella refiere. A creer en su locuacidad, cada cuenta de sus rosarios estaria hecha con un pedazo del Santo Sepulcro ó con el hueso de alguno de los frutos que pendian de los olivos a tiempo que el Salvador oraba en el huerto que regó con el sudor de su agonía.

Las gentes sencillas han de precaverse contra esas supercherías de mercaderes: la Iglesia ha encontrado manera de que los objetos piadosos que realmente proceden de Jerusalem y han sido puestos siquiera en contacto con alguna reliquia notable, se expendan con las necesarias garantías de autenticidad. Fuera de este medio, la piedad de los fieles corre el mismo peligro de ser embaucada que la fanática y dudosa inteligencia de ciertos numismáticos de lujo, que andan en busca de la peseta del rey que rabió.

INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. M. Sanmartí

En 1878 Medardo Sanmartí, un muchacho casi, pasaba a la Corte a tomar parte en las oposiciones de Escultura, alcanzando en ellas un completo triunfo con su bellísima estatua *El Soldado de Maratón* y partiendo a Roma a ocupar durante cuatro años la plaza de pensionado. Terminado este período Sanmartí ha regresado a España ofreciendo al Gobierno el fruto de sus estudios en la ciudad eterna, el grupo magistral cuya primera reproduccion honra hoy nuestras páginas.

Sorprendente es, ante todo, la solemne eleccion del asunto. Acostumbrados como estamos a las concepciones triviales y muchas veces nulas a que tan descuidadamente se entregan los más de nuestros artistas contemporáneos, una obra que lleva por título el de *Independencia* despierta desde luego el interés más vivo. Añádase a esto la interpretacion que al asunto ha dado Sanmartí y se comprenderá que hayamos llamado magistral al grupo de que nos ocupamos. Léjos de recurrir su autor a una alegoría más ó menos enigmática segun era de reglamento en tiempos no lejanos, ha evocado las venerandas sombras de Istolacio é Indortes, intrépidos caudillos celtiberos que irguiéndose ante el yugo cartaginés fueron quizás los primeros que hicieron resonar en España el grito sublime de *Independencia*. Este modo de dar cuerpo a una idea es lógico, es humano y sobre todo hace que la obra resulte eminentemente española.

¿No bastaría ya lo expuesto para que se granjeara su

autor el más caluroso elogio? Pues mucho, muchísimo más pudiéramos añadir si de la ejecucion del grupo nos permitiera hacer un análisis el espacio de que disponemos. ¡Qué realismo tan depurado, qué espontáneo clasicismo campean en la obra! ¡Cuánta conviccion, cuánto entusiasmo, cuánta energía rebosan aquellas indómitas cabezas, aquellos brazos robustos, aquellos pechos palpitantes, aquellas piernas hollando con altivez las vencidas armas! El grito de *Independencia* brota en efecto de aquellos labios entreabiertos, del roto grillete que levanta Istolacio, de la azcona con que le protege Indortes.

En una palabra: la obra no puede estar mejor sentida, mejor compuesta, ni mejor ejecutada; sólo falta que el gobierno lo entienda así y adquiera el fruto de las oposiciones de 1878 honrando de este modo a Sanmartí y honrándose a sí propio.

Por nuestra parte, dando a la reproduccion de dicho grupo toda la importancia que merece, la hemos confiado a uno de los más entendidos grabadores de Europa, al célebre Froment, el cual ha secundado nuestros deseos con tal acierto que se ha mostrado en su tarea digno émulo del distinguido escultor.

TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle

La escena pasa en la plaza Navona, de Roma. Un judío, mercader ambulante de toda clase de objetos, encomia su mercancía a varios sacerdotes que examinan las antiguallas del puesto. Junto a este grupo se ve otro compuesto de una familia de *contadini*, reconociéndose en la mujer, joven y agraciada, el verdadero tipo romano, de morena tez y ojos negros y expresivos. Aunque cada grupo tiene su carácter particular y exclusivo, unidos forman un agradable conjunto, por la verdad y acierto con que están tratados y el vigor de la ejecucion que distingue a todas las obras del artista inglés.

SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

¡Pobres músicos ambulantes! Obligados a ganarse el sustento vagando de pueblo en pueblo, tristes, desdeñados y sufriendo toda suerte de privaciones, faltos al caer de la tarde de hogar donde cobijarse, contemplan con triste expresion cómo regresan de la escuela los cuatro niños más afortunados que ellos, pues al menos no les faltará casa, cena y un lecho donde descansar en la granja que se ve en lontananza. El lienzo de Reid pertenece si se quiere al género realista, pero a decir verdad los tipos principales revelan, no tanto los sufrimientos del cansancio, del hambre y de la sed cuanto las penas morales, la melancolía del que perdida la esperanza y lucha por la vida y con la vida, melancolía de que está impregnado todo el cuadro, haciéndolo así más simpático a los ojos.

DIANA CAZADORA, cuadro por Hans Mackart

El mito de Diana es uno de los más favoritos de los artistas, así antiguos como modernos. Se explica esta predileccion pues la idea de la bella cazadora virgen se presta admirablemente al que busca en el arte la forma de un pensamiento noble y bello a un tiempo mismo.

Diana, segun la mitología, fué hija de Júpiter y de Latona y hermana de Apolo. Realmente no puede darse familia más distinguida, y a no ser porque el padre, con ser rey de los dioses, fué algo ligero de cascos, pudiéramos decir de Diana que nobleza obliga. Vió la luz en la isla de Delos, y sin duda nació algo grandullona, pues dice la fábula que, habiendo echado de ver cuánto sufrió su madre para arrojarla al mundo, solicitó y obtuvo de su omnipotente padre el privilegio de vivir en perpetua virginidad. Jamás, por lo tanto, pudo casarse; jamás pudo amar a hombre alguno; de suerte que a falta de más propia ocupacion, hubo de dedicarse a cazar reses mayores, en compañía de unas cuantas amigas, tan montaraces como ella.

Tenemos que de dia cazaba sin darse punto de reposo; pero ¿y de noche?... De noche la cosa cambiaba de aspecto; de noche convertida en luna, inspiraba a los amantes románticas pasiones que ella no podia sentir; y terminada su carrera por los espacios ¿a dónde dirian Vds. que daba con sus huesos? Pues nada menos que en los infiernos, en donde llevaba el terrible nombre de Hécata. No se dirá que la muchacha perdiera el tiempo.

Sus múltiples ocupaciones y formas la hicieron apropiada para distintas ofrendas, desde las flores silvestres hasta los cuadrúpedos y los peces, y ¡cosa horrible! se la inmolaron víctimas humanas.

El cuadro que reproducimos con ser hijo de la simple fantasía, nos da una idea de lo que pudo haber sido ese Nemrod con faldas (decimos mal; sin faldas) cuyo séquito lo constituye un enjambre de amazonas, dignas de este nombre por su hermosura, por sus formas, por sus hábitos y por la excesiva ligereza de sus ropas...

NI TANTO NI TAN CALVO

PROVERBIO EN ACCION ENTRE LOS SIGUIENTES PERSONAJES:

CLOTILDE, viudita de veinticinco años, morena, con un par de ojos capaces de matar a un vivo y de resucitar a un muerto, y con un cabello ante cuyas trenzas se quedaría extasiado el hombre ménos amigo de reparar en pelillos.

JULIA, hermana de Clotilde, muchacha soltera, de veinte abriles, rubia como unas candelas, fresca y coloradita como una rosa y sobrada de condiciones para volver loco a un padre del desierto.

FELIPA, doncella de labor con muy buenos informes cuando la tomaron Clotilde y Julia, sus amas actualmente.

VARGAS, un sevillano muy guapeton y que se las echa de corrido.

SANCHEZ, un infeliz en toda la extension de la palabra y cuya figura apenas pasa de tolerable.

La escena se supone en Madrid, en la época presente y en casa de las dos hermanas; casa cuya sala de recibo está amueblada con elegancia y sencillez al propio tiempo. A un lado hay un balcon que da a la calle, y entre varios muebles cómodos y bonitos merece citarse un precioso velador maqueado, atestado de álbums, libros, periódicos, figurines, etc., etc., etc. *Estageres* con *bibelots*, como decimos ahora en España para poder entendernos.—Se me olvidaba decir que adornan la habitacion dos preciosos retratos de las susodichas hermanitas, dignos, por lo bien pintados, de la firma de un Federico Madrazo, un Casado, un Suarez Llanos ú otro pintor de véras.

ESCENA I

FELIPA, muy bien vestida y peinada, con sus ricitos en la frente, con su delantalito blanco y con todo el aparato que requiere el argumento de una criada joven y colocada en buena casa. VARGAS en traje de calle, más vistoso que elegante: sombrero recién planchado, abrigo al brazo, de color clarísimo, guantes entre amarillos y rojos y oro y brillantes en la corbata, en los dedos y en la cadena del reloj.

FELIPA

(Levantando *la portier*, por no decir el tapiz de la puerta que llaman «del foro» en el teatro.)

Pase V. al gabinete...—¿Cómo me ha dicho V. que es su gracia?

VARGAS

¿Mi gracia?... (*Receloso*) Ah! sí. Toma... (*Sacando una tarjeta de una cartera de piel de Rusia en cuya confeccion ha entrado medio nihilista, lo ménos*). Da esta tarjeta a tus señoras.—Diles que soy amigo de su tío Julian... que he llegado hoy mismo de Sevilla y que traigo encargo suyo de visitarlas.

FELIPA

¿Del tío de las señoritas?... Y ¿cómo está el pobre don Julian? Siempre tan alegre y tan bromista ¿verdad? pero tan achacosos ya y tan flojillo... La última vez que le tuvimos aquí, apenas podia ya menearse... Y eso que yo le animaba con toda mi alma... ¡Era mucho señor aquel!

VARGAS

(La criada, por lo pronto, es una bachillera si no es otra cosa peor.) Con que ¿pasas ese recado?

FELIPA

El caso es que las señoritas no van a poder salir en un rato...

VARGAS

¿Por qué?

FELIPA

Porque aún no están vestidas...

VARGAS

No importa! Yo no gusto de etiquetas ni de cumplidos... Yo soy muy amigo de D. Julian... Es el único hombre con quien he podido pasarme un dia seguido sin reñir.

FELIPA

Sí, pero estando sin vestir las señoritas...

VARGAS

Que salgan como estén! (*Distraído, paseando y examinándolo todo con curiosidad, y con lentes, porque ha de saber el lector, aunque no sea curioso, que Vargas es corto de vista.*)

FELIPA

(Tiene gracia el hombre éste!) Las señoritas, cuando usted llegó a casa, acababan de entrar en el baño...

VARGAS (*sin oír*)

Que salgan como estén! Que salgan como estén! Yo soy amigo del tío Julian y me cargan los cumplidos. Díselo así de mi parte.

FELIPA

Bueno!

VARGAS

Díselo, mujer: yo soy amigo del tío Julian...

FELIPA

Lo diré, lo diré, y si ellas quieren, que salgan como usted desea...

VARGAS

¿No te has hecho cargo todavía de que el tío Julian y yo somos una misma persona?

FELIPA

(¿Si el demonio del viejo habrá hablado con su amiguito más de lo necesario? Yo le escribiré...)

VARGAS

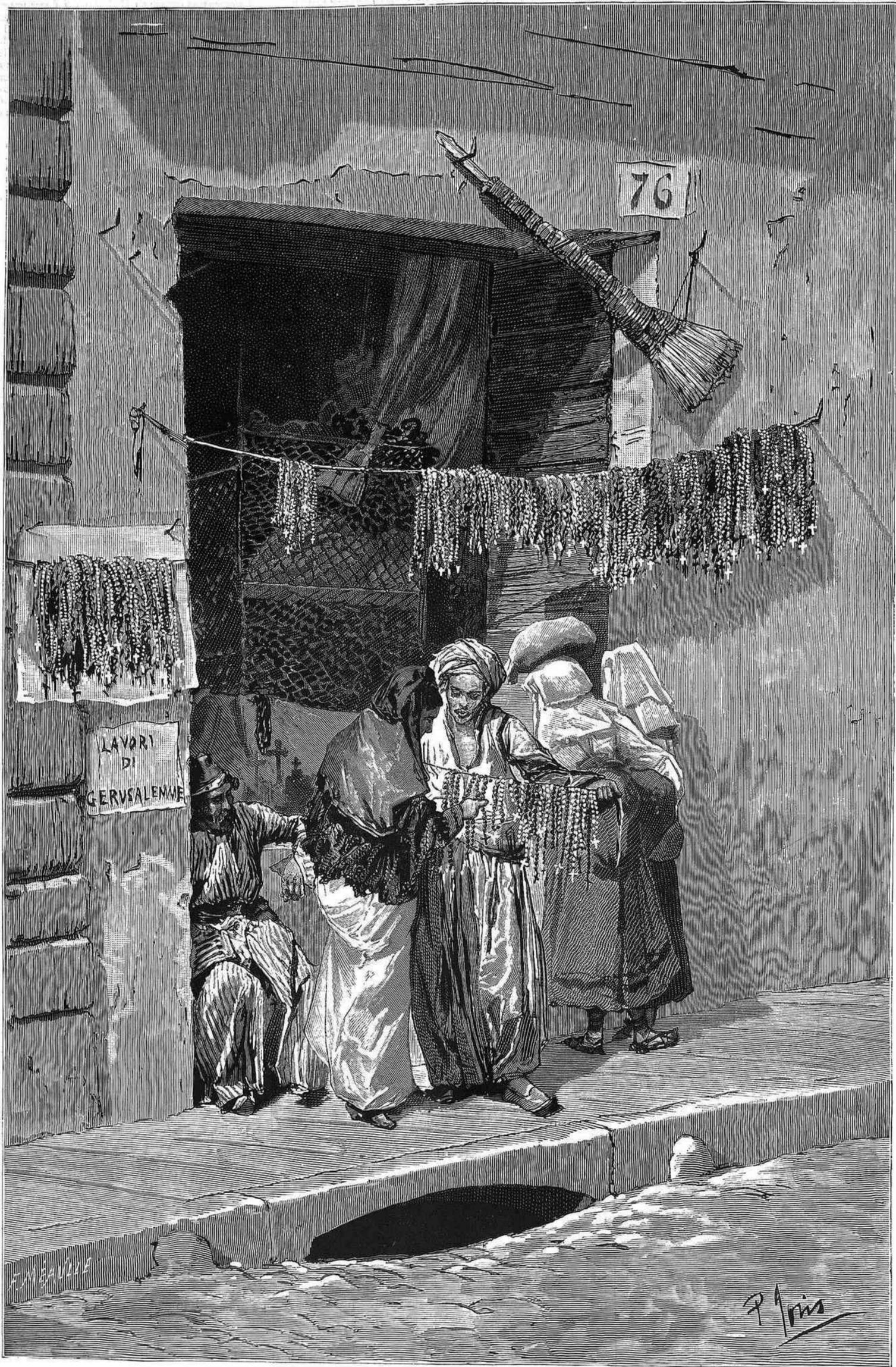
¿Vas hoy ó mañana?

FELIPA

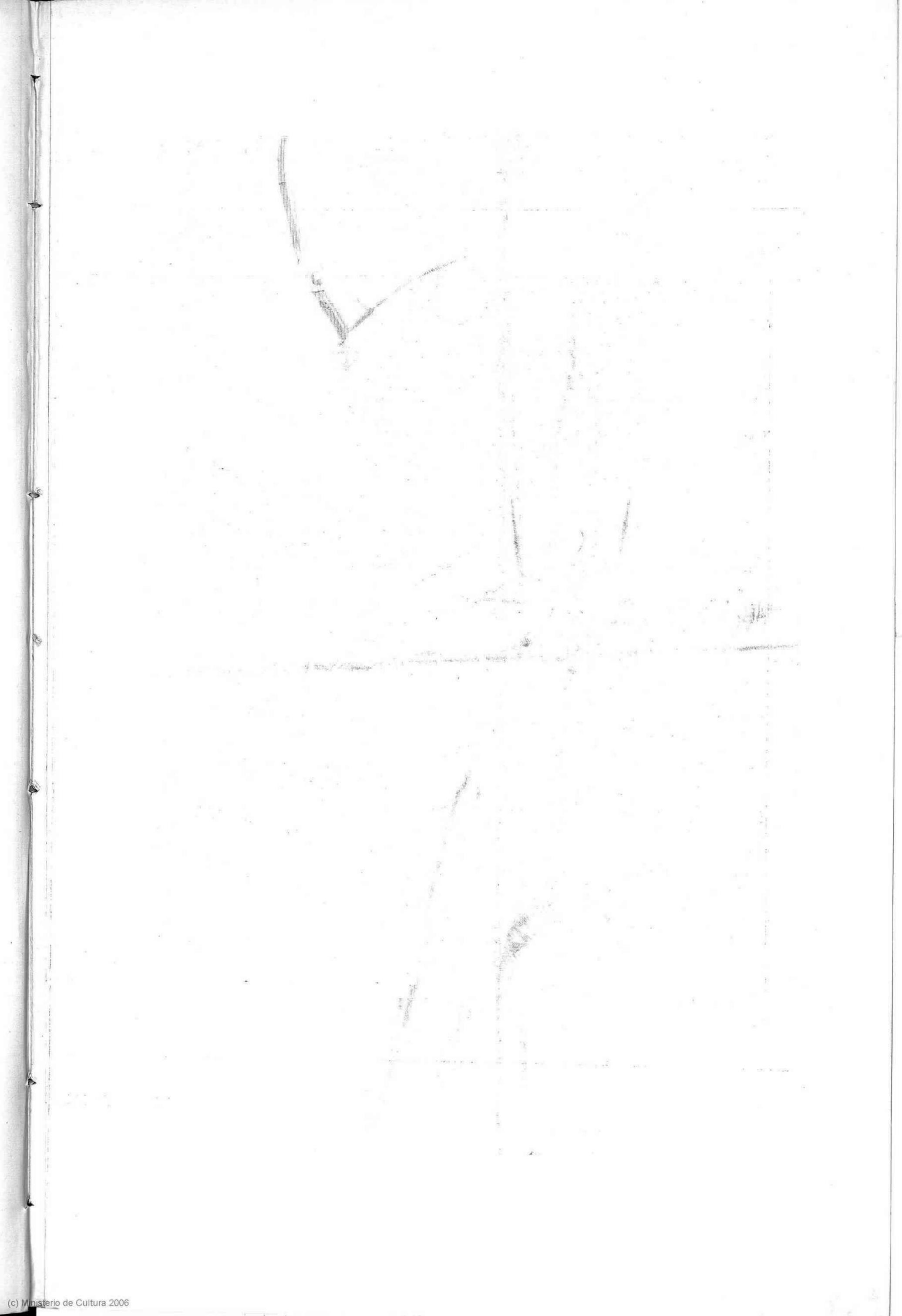
Voy, voy ahora mismo... (*Retirándose*) (Este hombre no parece que llega de Sevilla sino de Filipinas, porque está *chiflado* indudablemente... Y es lástima, porque tiene muy buena figura. Me gusta bastante más que don Julian...)

VARGAS

¿Vas ó no vas? (*Casi colérico*)

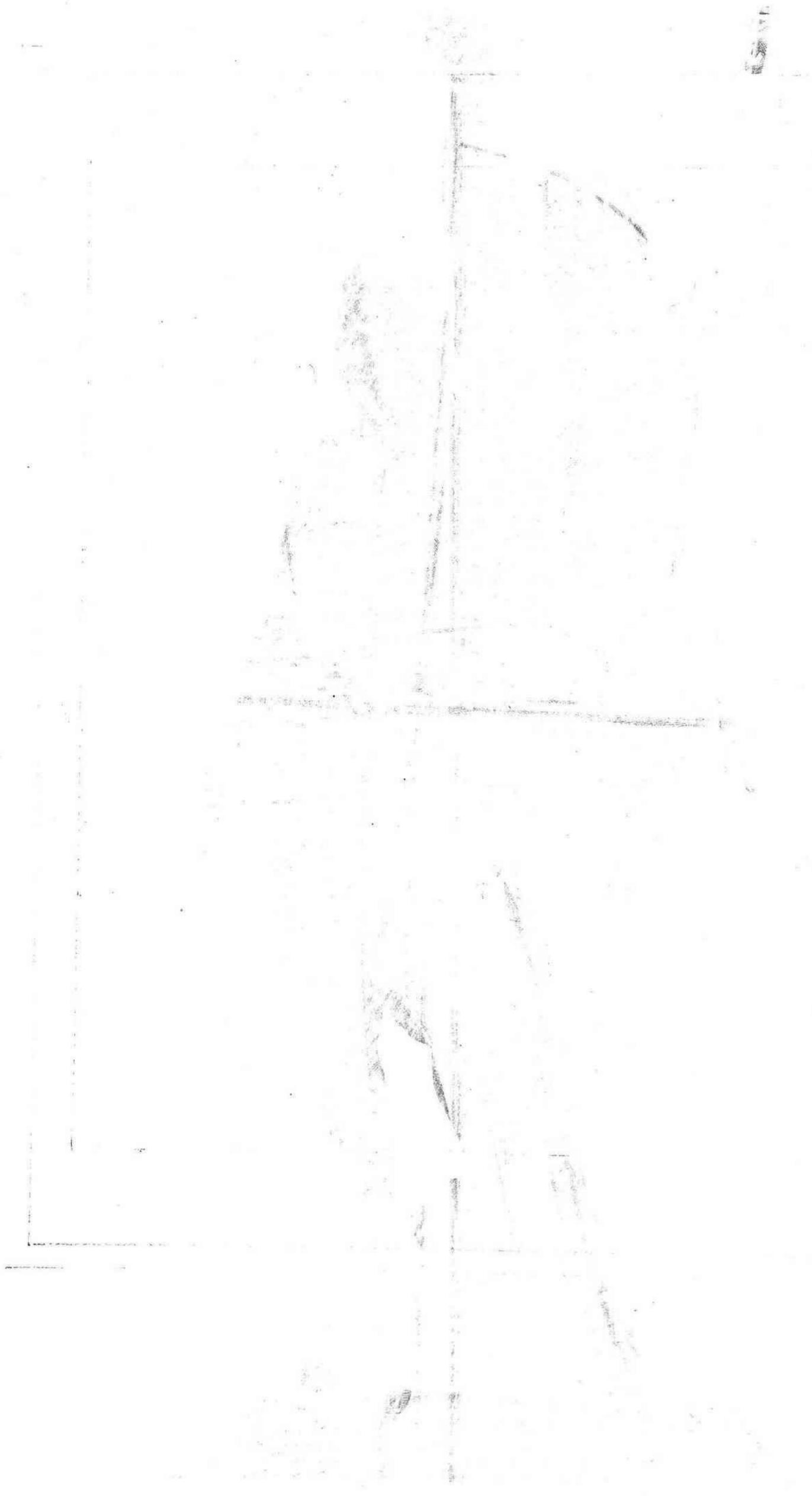


VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris





DIANA CAZADORA, CUADRO DE HANS MAKART





INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. Medardo Sanmartí, grabada por Froment

FELIPA

¡Ay! (*Asustada y echando á correr*) (Este sevillano necesita medalla como los perros de ahora!)

ESCENA II

VARGAS, solo y caminando por su respeto, mirando y remirando cuanto hay al escaso alcance de su vista.

La casa es buena... Un poco fatigosa la escalera, pero buena y en buen sitio... Aunque como aquella calle de las Serpes y aquella plaza de San Fernando no hay nada en el mundo.—Hombre! Soberbio reloj! (*Tocándolo*) Esto es bronce... Bronce es indudablemente.—Deben ser ricas las dos hermanas... Y tambien puede que no lo sean, á pesar de los informes del tío, á cuyos ojos eran ambas la mismísima perfección... En este dichoso Madrid hay tantas personas que se privan de lo necesario para no privarse de lo supérfluo.—¡Cómo anda el mundo!—Estos retratos deben ser los de ellas. ¡Preciosas criaturas!.. ¡Preciosas... pero ¡vaya V. á fiarse de los retratos! Indudablemente estarán favorecidas... Las mujeres no se retratan más que para que las pinten á su gusto... tal vez sean más feas que un pecado mortal. El tío, sin embargo, con aquel empeño de que yo no me quede, como él dice, para vestir imágenes, aseguraba...—¿Vendrán hoy ó mañana esas niñas? (*Sacando el reloj*) Media hora lo ménos llevo ya de planton.—¿Habrá querido hacerme un feo? Es posible... Es más que posible, porque la muchacha ha debido avisarles... Es seguro... y por si acaso, me voy á la calle!

(*Encasquetándose el sombrero y dirigiéndose á la puerta del fondo; al llegar á ella da con el baston en la cara á Sanchez, que entra al mismo tiempo.*)

ESCENA III

VARGAS y SANCHEZ. (Este viste con sencillez y resulta hombre de una cursilería más encontrada que buscada.)

SANCHEZ

¡Ay!

VARGAS

¿Eh?...

SANCHEZ

¡Me ha sacado V. un ojo!

VARGAS

¿Un ojo?

SANCHEZ

No sé á punto fijo todavía si me lo ha sacado V. ó si me lo ha metido en el cráneo; pero de todas maneras creo que me lo ha puesto fuera de su sitio...—En fin, no riñamos por tan poca cosa... Ya parece que va cediendo el dolor.

VARGAS

¡No he visto en mi vida torpeza semejante á la de este hombre!

SANCHEZ

¿Decía V.?

VARGAS

¡Decía que ha sido una imbecilidad...!

SANCHEZ

No señor... De ningún modo... Esto no es nada... Esto le pasa á cualquiera, y sobre todo á mí... No se fatigue V.

VARGAS

¡Pues me gusta! (*Dirigiéndose de nuevo á la puerta de salida.*)

SANCHEZ

¿Se marcha V.? No lo consiento! (*Interponiéndose.*)

VARGAS

¡Déjeme V.!

SANCHEZ

No, si ya estoy mejor... Le repito que ya no me duele.

VARGAS

¿Y qué? A mí me tiene sin cuidado que V. dé un estallido. Me marchó porque las dueñas de esta casa no tienen educación.

SANCHEZ

¡Caballero!

VARGAS

No tienen educación, y si no me ha entendido V., yo no sé decirlo más claro.

SANCHEZ

Ni es menester.

VARGAS

¿Se chulea V. conmigo?

SANCHEZ

¿Yo?

VARGAS

Es que conmigo no se chulea nadie!

SANCHEZ

Sea enhorabuena; pero, si no se chulea nadie, ¿por qué se empeña V. en que he de chulearme yo?

VARGAS

Es verdad... Pero mire V. que venir yo por primera vez á esta casa y hacerme esperar una hora sin mandarme un simple recado de atención... Esto no se hace con un negro! Esto es burlarse de mí!

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL BUEN PAÑO....

I

Hace algun tiempo contaban con numerosa parroquia dos comercios de paños y ropas hechas, cuyas tiendas estaban colindantes y exponían á la puerta variedad de capas ó americanas, segun la estacion, en el soportal que en la calle Mayor se extiende desde la esquina de la de Felipe III (antes de Boteros) á la del 7 de Julio (antes Amargura.)

Intitulábase el uno *La Elegante*, con la razón social de viuda de Perez, mujer entrada en años y en carnes, madre de Lola, niña de tipo vulgar, ni fea ni bonita pero de aire resuelto y coquetil, que hacia cara á cuantos la miraban, como diciendo: «atrévase V.»

Las dos eran conocidas en el barrio por *las taconeras*, sin duda por lo mucho que daban al tacon corriendo calles, plazas, cafés y paseos.

Llamábase el otro comercio *La Constancia* y estaba á su frente D. Ciriaco Gomez, tendero chapado á la antigua, padre de una jóven, á la que habia educado segun sus máximas y era por lo tanto el tipo contrario de su vecina, gustando más del rincon de su casa y de ocupar el tiempo en la labor ó en la costura que de andar de visita, cortando sayos á las amigas ó exhibirse como santo de rogativa en todos los sitios públicos de la coronada villa.

Ambos comerciantes mantenían las relaciones de amistad compatibles con las rivalidades naturales de la igualdad de profesion y la diferencia de caracteres. Vivían encima de sus respectivas tiendas en unos entresuelos, bajos de techo y reducidos de pared, que tenían como desahogo un respiradero con honores de balcon desde donde veían todas las procesiones cívicas y religiosas que pasaban por la antigua y anchurosa calle Mayor.

Hallábanse casualmente un domingo por la tarde los dos roperos asomados á sus respectivos balcones cuando se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, doña Tomasa.

—Muy buenas las tenga V., D. Ciriaco.

—¿Y Joaquinita?

—Tan buena; dentro está leyendo la Ilustracion. ¿Y cómo V. tan casera?

—Tengo á Lola con jaqueca y no saldremos hasta la noche.

—No temen Vds. al calor ni al frio. Qué valientes.

—Ya nos conoce la calle.

—Y tanto.

—Pero como V. comprende es preciso enseñar á la niña porque sino se quedaria para vestir imágenes.

—No opino como V. amiga doña Tomasa. Ya sabe V. el refran «El buen paño en el arca se vende.»

—O se apollilla.

—Vale más eso que no tenerlo siempre al aire, que luego está deslucido y nadie lo quiere.

—Anuncia y venderás, es hoy la frase corriente.

—Pero como á una hija no se la vende sino que se la coloca, resulta que ese dicho no tiene aplicacion ahora. Vale más que una jóven se quede sin casar porque no se ha metido por los ojos, como vulgarmente se dice, que haga su infelicidad por haberse casado á escape con un vago sin oficio ni beneficio, que conoció en un café, en el Prado ó en un teatro por horas.

—¿Porqué no se ha metido V. á predicador? Haria muchas conversiones.

—Méenos la de V. No tendria elocuencia para tanto.

—Hola, hola, nos hemos picado? Pues, amigo, el caso es que ya á Lola, le han salido tres novios.

—Me alegro mucho. Mejor es eso que si le hubieran salido tres flemones.

—Que gracioso es V. Uno es bolsista, otro empleado y otro de administracion militar. Mi chica no sabe por cuál decidirse.

—Por el bolsista, si tiene la bolsa llena.

—Al empleado le vemos todas las noches en el Café de Platerías.

—Pero si un buen dia no le ven Vds. en la nómina, adios garbanzos.

—¿Y Joaquinita cuándo se casa?

—Cuando tenga novio.

—¿Y Antoñin, el sobrino de V. que se fué á América hace años?

—No hemos tenido noticia de él.

—Pues decían que los primos no se disgustaban el uno al otro y muchos aseguran que la tristeza de Joaquinita...

—Ni mi hija está triste ni nadie asegura nada de lo que V. dice.

—Bien hombre, no se enfade V. que no he querido ofenderlo. Nosotras la estimamos muchísimo, pero como V. no la permite que salga con nosotras...

—Va conmigo y así me acompaña.

—Tenemos papeletas de hermana para la funcion de San Caralampio que es el mártir en San Luis. Predicará un orador de fama y habrá buena orquesta y hasta dicen si dulces para los hermanos.

—Muchas gracias, pero no puedo abandonar la tienda.

—¿Teme V. que le quiten los patacones que tiene guardados?

—Ya sabe V. que el dependiente vive del cajon y todo cuidado es poco.

—Pues yo dejaria al mio oro molido en la seguridad de que se contentaria con mirarlo.

—No le esponga V. á esa tentacion.

—En fin, cada loco con su tema. V. está por el sistema antiguo y yo por el moderno, y el resultado es que Lola tiene tres pretendientes.

—Justo, un *entrés*. Sólo falta un *elían* y despues un *amarren*.

—A eso juegan en casa de una brigadiera, donde nos presentaron la otra noche.

—Pues, mucho ojo, que pueden Vds. ir á dormir al Saladero.

—Ay, V. dispense; me llama Lola. Dice que está Pepito, el de administracion militar. Hasta la vista, D. Ciriaco, y memorias.

—Abur doña Tomasa, y lo mismo digo.

—¡Qué raro! exclamó ella al retirarse del balcon.

—¡Qué loca! dijo para sí él al desaparecer de la escena.

II

Trascurrieron varios meses sin que ocurriera cosa que de contar sea en aquella *zona roperil*. Solo una tarde doña Tomasa se presentó en la tienda de su vecino en actitud hostil con motivo de haber dicho á Lola el novio empleado que su vecina era muy guapa.

La *taconera madre* hizo presente á D. Ciriaco que no estaba bien que Joaquinita se entretuviera en quitarle los novios á su hija.

El buen tendero la envió á paseo, cosa que no podia ser más de su agrado y la dijo cuatro verdades que disgustaron á doña Tomasa, la cual se marchó declarando rotas las relaciones entre «La Elegante y la Constancia.»

Así las cosas, una buena mañana los gritos de «ladrones, ladrones», lanzados á pulmon herido por madre é hija pusieron en alarma á toda la barriada. Acudieron vecinos y curiosos y resultó que el dependiente mayor que *corría* con los fondos, corría efectivamente con ellos hácia un lugar desconocido, calculándose lo robado en unos dos mil duros, reunidos para pagar compras hechas.

D. Ciriaco que tenia muy buen corazon fué el primero en acudir á consolar á su vecina, sin hacerla notar que se habian cumplido sus pronósticos y que todo el barrio decia:

—Al fin las robaron; un dia ú otro tenia que suceder...

Doña Tomasa se vió obligada á realizar y anunció con letras grandes «Liquidacion verdad.»

—Ya se liquidan las taconeras, dijo un chusco de la calle.

—Es natural, contestó otro gracioso; con tanto andar... aunque esté helando.

Pero el anuncio de la liquidacion no dió resultado inmediato y D. Ciriaco se hizo cargo de todos los efectos, ensanchando su tienda y refundiendo las dos en una con el titulo de «La elegante constancia.»

Las ex-roperas continuaron en el entresuelo mientras buscaban casa y todo parecia haber vuelto á su estado normal cuando unas pertinaces tercianas de que se vió acometida Joaquinita obligaron á su padre, por consejo de los médicos á llevarla una temporada á Valencia, dejando al frente de su establecimiento al dependiente mayor, modelo de probidad y escrupulosidad en las cuentas.

Doña Tomasa y su hija, aprovechando la ausencia de los verdaderos dueños del comercio, desistieron de buscar habitacion donde trasladarse y aunque para evitar alusiones á su desgracia y pésames fingidos se hicieron más caseras, dándose solo á luz al resplandor del gas, sentaron sus reales en la tienda, haciéndose la ilusion de que todavía pertenecian al honrado gremio de roperos.

Una tarde que se hallaban las dos entretenidas en murmurar de la horchatera de enfrente, entró en el establecimiento un jóven alto y robusto, de fisonomía vulgar pero expresiva, decentemente vestido y que denunciaba en lo tostado de su piel al viajero procedente de Ultramar.

—¿D. Ciriaco Gomez es aqui? preguntó con extrema finura.

—Si señor, contestó doña Tomasa, pero no está en Madrid. Se ha ido á Valencia con su hija á pasar una temporada.

El entrante se quedó mirando fijamente á su interlocutora y á poco la dijo:

—Pero ¿tanto he cambiado, que ya no me conoce V. doña Tomasa?

—Yo sí recuerdo haber visto esa cara, pero no caigo.

—Ni yo, añadió Lola.

—Pues soy Antoñin, que vuelvo convertido en Antoñon.

—¡Ay, es Antoñin! exclamaron las dos á la vez.

—A fé de Tomasa, prosiguió la madre, que nunca hubiera creído que pudiese variar tanto una persona. Luego estás quemado del sol...

—Que quiere V. No se pasan á la sombra doce años corriendo toda América para volver á su patria con un capitalito regular para no morir de hambre con su mujer, cuando uno tome estado.

—¿Con que vuelves rico? Siéntate y cuéntanos tus aventuras. Así como así nosotras estamos mano sobre mano porque hemos liquidado de resultas de una irregularidad de nuestro cajero y estamos aqui de mironas.

Antoñin tomó asiento y mostró gran interés en saber si Joaquina habia crecido mucho, si tenia novio etc. etc., pero la madre y la hija contestaban con evasivas y le

abrumaban á preguntas respecto de las costumbres de América y de las especulaciones que habia emprendido.

Después de una hora de interrogatorio manifestó deseos de escribir á don Ciriaco participándole su vuelta á España y doña Tomasa le ofreció incluir su carta en la que pensaba escribir al día siguiente á Joaquinita; quedando convenido para no quitar el efecto de la sorpresa que el dependiente mayor no diese cuenta á su principal del regreso de Antoñin.

Cuando el inesperado galán se despidió prometiendo á sus antiguas conocidas visitarlas á menudo y no bien hubo traspuesto el umbral de la tienda, doña Tomasa dijo muy bajito á su hija.

—Ay chica, este si que valia la pena de atrapararlo.

III

Al día siguiente no faltó el indiano á llevar la carta que dirigia al padre para conocimiento de la hija, á la cual dedicaba una larga postdata y doña Tomasa le prometió que la incluiría dentro de la suya y saldria en el correo de la noche.

Cuatro días después pasó Antoñin casualmente por la calle Mayor y entró á saludar á sus amigas y á preguntarles si habian recibido contestacion de don Ciriaco.

Supo con disgusto que no habia llegado y pensó que si á él le hubiera escrito su prima, á vuelta de correo habria tenido la respuesta.

Continuó frecuentando la tienda y llegó á ser un tertuliano constante, dando esto pábulo á las naturales murmuraciones del barrio y á que Lola hiciera al parecer con éxito, prodigios de habilidad y coquetería para traerle á buen camino y quedarse con el santo y la limosna.

Doña Tomasa se dedicó á hacer atmósfera matrimonial y dió por seguro el casamiento de su hija con el capitalista Antoñin y tuvo una seria disputa con un amigo que sostenia, en contra de su opinion, que los novios, si echaban coche, debian alquilarlo y no tenerlo propio.

No se ocultaba sin embargo á la quebrada ropera que los ausentes podian volver de un momento á otro y echar por tierra su plan financiero conyugal, siendo por lo tanto necesario forzar la máquina y obligar á la víctima á que se declarara de un modo solemne novio oficial de su niña.

Al efecto, una tarde que Lola se retiró de la sala, pretestando una fuerte jaqueca á poco de haber entrado Antoñin doña Tomasa le planteó la cuestion en términos claros y precisos.

Le hizo notar que todo el mundo explicaba sus visitas á la tienda por marcada inclinacion á su hija, elogiándole mucho, por tratarse de un hombre rico que se dirigia á una muchacha pobre buscando solo la virtud y las prendas personales de la favorecida; pero como la murmuracion nunca descansa tenia como madre el deber de velar por la reputacion de Lola y le rogaba, en bien de la misma se presentase resueltamente con el carácter de aspirante á su mano, ya que no debia ocultársele que la jóven le habia cobrado un verdadero y entrañable cariño.

El interpelado, que estaba muy herido en su amor propio por el silencio de su tío y la indiferencia, al parecer de su prima, y que habia llegado á acostumbrarse á la charla graciosa de su conquistadora, no creyó un paso arriesgado dar alguna esperanza á la madre, aunque no fuera más que por si llegaba á oídos de la ingrata Joaquinita y se deshizo en elogios de Lola y aseguró que, en cuanto tuviese arreglados sus asuntos, que seria pronto, se consideraria muy feliz llamándola su esposa.

Doña Tomasa tuvo que contenerse para no dar en la silla un brinco de alegría, pero al día siguiente echó á volar la noticia por el barrio después de habérsela comunicado al dependiente mayor, por si queria telegrafiar á Valencia.

El incauto galán continuó visitando á su presunta esposa que le hablaba de comprar una casita en el campo, donde vivir lejos del mundo entregados á su amor y á su felicidad y tal vez sin sospecharlo hubiera caido en las redes de aquella sirena engañadora si un incidente casual no hubiese venido á arrancarle la venda de los ojos y á descubrirle la realidad de las cosas.

Al retirarse una noche á su casa entró en el café de Platerias á tomar un ponche caliente y al pasar junto á una de las mesas oyó decir.

—Ahí va el primo que han pescado las taconeras.

Volvió la cabeza y vió que la voz habia salido de un grupo, al parecer de amigos que le miraban con cierta risita burlona.

Su primer impulso fué dirigirse á aquellos insolentes y pedirles explicacion de su incalificable conducta pero se contuvo y sentándose á una mesa colocada á alguna distancia resolvió aguardar á que se marchasen para tomar informes de cualquiera de los mozos.

Esperó más de dos horas y cuando ya vió desierta la mesa de los murmuradores llamó á un camarero y poniéndole un duro en la mano le sujetó á un escrupuloso interrogatorio.

Pedro (este era su nombre) aunque ya de edad, servia en el café de mozo hacia muchos años y pudo satisfacer la curiosidad de Antoñin, explicándole que el jóven que le habia calificado de primo era un empleado de Hacienda, que con otros varios hacia cocos á la casquivana Lola que, por su aficion á callejear habia merecido el apodo de taconera, que compartia dignamente con su maniobrería y andarina mamá. En cambio le puso en las nubes por su honradez y carácter angelical á la hija de don Ciriaco, que era querida y estimada como ninguna jóven en todo aquel barrio.

Antoñin comprendió entonces los ridiculo de su posi-

cion que le hacia aparecer á los ojos de todos, como un inocente que ignoraba lo que era público y notorio.

Era evidente que doña Tomasa no habia enviado á Valencia la carta en que participaba su vuelta, habiendo sido este el prólogo de la farsa en que pensaba adjudicarle al final el papel de victima-pagano.

Aquella noche revolvió en su cabeza mil proyectos para tomar la revancha del abortado plan de secuestro de las taconeras y al fin adoptó el que, á su juicio, estaba en consonancia con la manera especial de ser de doña Tomasa y su hija.

Presentóse á la mañana siguiente muy alegre en la «Elegante Constancia», y no bien vió á su futura suegra la dijo:

—He resuelto casarme cuanto antes. V. se encargará de buscar casa en sitio céntrico y piso principal y mandar á un tapicero que alhaje las habitaciones con lujo y elegancia. Yo salgo de Madrid á arreglar mis papeles y volveré dentro de un mes.

Y sin detenerse á saludar á Lola salió del establecimiento.

La alegría de la mamá no reconoció límites y á las dos horas ya estaban en campaña las taconeras, trotando calles y subiendo escaleras.

Este ejercicio duró ocho días al cabo de los cuales apalabraron un cuarto principal en la calle de Carréas, iniciando entónces la campaña de tapicería.

Doña Tomasa se quejaba de cansancio y de dolores en las piernas y aseguraba que aquello era tirarse á matar y solo podia hacerse con un motivo tan excepcional y apremiante.

Habia ya transcurrido un mes y todo estaba listo y el novio no volvia.

Doña Tomasa llegó á sospechar si se habria vuelto atrás cuando una mañana apareció en la puerta de la tienda seguido de don Ciriaco y Joaquinita.

La ex-ropera quiso hablar pero no pudo y Antoñin le dirigió la alocucion siguiente:

—Doy á V. gracias, en mi nombre y en el de mi futura esposa Joaquinita, por la actividad que ha desplegado en el espinoso encargo de buscarnos casa y habilitarla para que podamos pasar una vida tranquila y comfortable. Mucho habrá V. andado pero con esto he creido proporcionarla un verdadero placer, pagándola al mismo tiempo el extravío de mi carta y otros excesos.

—Doña Tomasa, prosiguió don Ciriaco, la opinion pública, por boca de un mozo de café ha echado por tierra todos los planes de V. atentatorios á la libertad de Antoñin. Cuando fué á Valencia á contarnos lo ocurrido no pude menos de pensar.

Mi refran ha salido cierto. No ha necesitado mi sobrino ver á su prima para reanudar sus antiguas relaciones y hasta habrá alguna alma caritativa que se entretenga en buscar y alhajar el nido nupcial. Está probado que el buen paño en el arca se vende.

La boda se celebró á los quince días.

Las taconeras se han encargado de la administracion de una rifa á favor de los ciegos.

Se han descubierto billetes falsos y se teme una irregularidad.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

CRONICA CIENTIFICA

LO QUE SON LAS COMBINACIONES QUÍMICAS

I

Como las naciones, los pueblos y las razas se componen de individuos, los cuerpos de la naturaleza se componen de átomos.

Como aquellos individuos tienen sus caracteres propios, su manera de ser especial, estos átomos tienen tambien propiedades que los caracterizan y definen.

Como un individuo de la raza humana se siente atraído ó rechazado por otro; y la simpatía, el afecto, el cariño, el amor aproximan los seres, y la repulsion, la antipatía, el odio los alejan; así parece que entre unos y otros átomos hay odios y amores, algo que á veces los une, algo que en ocasiones los separa.

La Química, con sus infinitas y complicadísimas reacciones, es un mundo de luchas y guerras; de edificios moleculares y atómicos, que allá en los linderos de la nada prodigiosamente se construyen en un punto, y en otro punto se deshacen en invisibles ruinas; de separaciones que hielan y de misteriosas bodas que abrasan; de pueblos compuestos de microscópicos seres, que sobre otros pueblos se precipitan y con ellos se funden, y de partículas-antes prisioneras que huyen en repentino éxodo; todo un poema inorgánico que de infinitos é imperceptibles dramas se compone.

Esto al ménos nos dice la analogía y esto parece confirmar la mera observacion de los fenómenos químicos; y en el fondo, no otra cosa ha sostenido la vieja química con sus misteriosas fuerzas de afinidad.

La atraccion planetaria ya es algo difícil de explicar: que una molécula que vaga perdida en el fondo de mi tintero, ó la esferilla que estalla en este momento en la torcida de mi quinqué, ó la gota de sangre que ahora palpita en mis sienas, atraen y son atraídas en este mismo momento por toda la masa solar, por la de tal estrella que mi vista no percibe, por una nebulosa que jamás sabré que existe; que entre estos puntos y todos los de aquellas moles hay manojos de invisibles é insustanciales líneas, que representan otras tantas fuerzas, que salvando

distancias sin ir por ellas con algo material, unen en admirable unidad dinámica todos los átomos del cosmos á manera de red prodigiosa en cuyos nudos están los centros de la materia ponderable; que tomando en cualquier parte de la extension un elemento material, átomo, molécula ó partícula, y en otra parte, próxima á la primera, ó tan lejana que millones y millones de kilómetros apenas basten para medir la enorme distancia, estos dos elementos se atraigan como si el espacio no existiese; todo esto, como deciamos al principio del párrafo, es de difícil explicacion, pero al ménos la dificultad con ser inmensa es única, y admitida como buena, los cielos y los mundos se explican con matemática exactitud y admirables fórmulas.

La materia atrae á la materia: ya está dicho: no hay excepcion: de una vez para todas se ha proclamado la gran verdad, ó se ha establecido el gran principio, ó se ha formulado la gran hipótesis.

Donde el fisico encuentra dos masas ponderables calcula sin vacilaciones una fuerza atractiva, multiplicando las masas y partiendo por el cuadrado de las distancias, ó segun otra ley más ó ménos complicada, si para distancias moleculares aquella ley newtoniana cayese en defecto.

Todas las masas, en fin, tienden á unirse en una sola por sus mutuas atracciones, y en una se reunirían, 1.º si las velocidades adquiridas no las llevasen por sus órbitas planetarias, órbitas que son las resultantes curvilíneas y continuas de la atracción y de la velocidad adquirida, que es como si dijéramos del presente y del pasado: 2.º si además no existiesen fuerzas repulsivas ó elásticas, que cuando dos puntos materiales llegan á cierta distancia los rechazan impidiendo su confusion, ó su anulacion si se quiere.

Pero en fin toda la materia tiende á confundirse en un centro y esto es claro y universal, y la fuerza física es consecuente consigo misma y con la fatalidad de lo inorgánico.

Pero la fuerza química, la afinidad, en una palabra, no es de este modo, ni presenta tal carácter de constancia y de invariabilidad, como aquella otra fuerza atractiva de los espacios estelares.

Un átomo de carbono en circunstancias convenientes atrae á otro átomo de oxígeno y forma el cuerpo conocido con el nombre de óxido de carbono; que es como si en lenguaje vulgar dijéramos: el cuerpo carbono-oxígeno, si nuestro idioma tuviese flexibilidad bastante para formar palabras compuestas á cada momento y en toda ocasion.

Hé aquí descubierta una fuerza de afinidad: atraccion química entre el carbono y el oxígeno.

Y en efecto, después de atraer á sí, un átomo de carbono á otro de oxígeno, atrae todavía, ó puede atraer á un nuevo átomo de este cuerpo y tenemos el compuesto á que se llama ácido carbónico, ó sea una combinacion de un átomo de carbono y dos de oxígeno, como si dijéramos el cuerpo oxígeno-carbono-oxígeno.

Hasta aquí, pues, la afinidad en nada difiere de la atraccion planetaria; ¿tiene el carbono afinidad por el oxígeno? pues atrae un átomo, y tambien atrae dos átomos. De igual suerte que el sol que atrae á Mercurio, atrae á Venus y á la Tierra, y á todos los planetas, y á todos los demas soles, y á toda la materia, sin que jamás sus ansias se agoten, ni su atractiva sed llegue á saciarse.

Pero aquí cesa la semejanza y empieza lo caprichoso de la fuerza de afinidad; porque habiéndose combinado el primer átomo de carbono con dos de oxígeno, ya no atrae mas átomos de este cuerpo; está satisfecho, está saturado; se hartó de oxígeno y rechaza los nuevos átomos que se le acercan; es como estómago repleto y hambre á quien mató opíparo banquete. La afinidad, pues, es limitada: llega á un punto y cesa, y en repulsion se convierte. La afinidad es veleidosa y se cansa pronto de lo que con mas ansia apetecia. La afinidad es grandemente relativa: el carbono llama á sí el oxígeno á ménos que no contenga ya dos átomos en combinacion.

Y estos caprichos de la afinidad dominan en todas las combinaciones y para todos los cuerpos simples y compuestos; sin contar con predilecciones especiales, con infidelidades de todos los momentos, con cambios repentinos é inesperados, con ingratitudes estupendas.

El ácido carbónico tiene afinidad por el óxido de calcio (ó sea por la cal): sabe Dios los trastornos geológicos que le costó el saciarla; ¡cuántos siglos de luchas inmensas, de horribles cataclismos ó de trabajos lentos é incansables, fueron precisos para que las bodas de ambos seres se realizasen en el seno del globo! Pero se realizaron; y montes inmensos de roca calcárea en lechos titánicos celebran bajo espléndidos pabellones de nubes las nupcias de sus infinitos átomos.

Pues bien, tómese un pedazo de esa roca que químicamente se llama carbonato de cal; tritúresela bien, que esto siempre quebranta lazos y voluntades; póngase en una capacidad con ácido sulfúrico, con ese vitriolo pudiéramos decir, que es ministro de venganzas amorosas en los boulevares de Paris, y al punto el pobre ácido carbónico se verá desalojado de su puesto, que triunfal, y hasta criminalmente, si en esto cupieran crímenes, ocupará el ácido sulfúrico.

La cal se une al nuevo ácido olvidando todo el poema de su antediluviana pasion, y el primitivo ácido, partido en burbujas, que es todo lo partida que puede tener un gas el alma que Dios no le dió y yo le supongo, se va al espacio á llorar entre vapor de agua sus desdichas y su deshonra.

Que la cal (óxido de calcio) atrajese al mismo tiempo al ácido sulfúrico y al ácido carbónico se comprende: que se

uniese á los dos puesto que á los dos es capaz de atraer, parece natural, ya que en el mundo de lo inorgánico no caben escrúpulos, que no siempre imperan en otros mundos: pero que las afinidades se excluyan, que por atraer el sol á Marte dejase de atraer á Saturno, esto es lo extraño y lo inexplicable, ó por lo menos inexplicable y extraño ha sido por mucho tiempo.

No debe, pues, causar sorpresa que los químicos hicieran de la afinidad una fuerza especialísima, distinta de todo punto de la atracción física, y que así como el Olimpo pagano se pobló de dioses, de otros dioses ordenados en ascendente escalinata se haya ido poblando el templo de la verdad.

La atracción planetaria para los espacios: la cohesión para las moléculas de los cuerpos: la viscosidad para ciertos líquidos, y en todos influyendo más ó menos: la capilaridad para los contactos de sólidos y líquidos: para estos mismos, y para los sólidos, y para unos y otros, la adherencia: sin contar las atracciones magnéticas y las atracciones eléctricas: y por remate la afinidad química con sus veleidades y caprichos y repentinos cambios: unas que se sobreponen á otras aunque no siempre; algunas que con el estado del cuerpo se aguzan, como sucede con el estado naciente; muchas que disponen ajenas afinidades sin tomar ellas parte en la combinación, como zurcidores de atracciones; y todas que concluyen por

cansancio ó saturación después de agrupar dos, tres, cuatro, ó cuando más cinco ó seis átomos de este ó aquel cuerpo, y de repente allá en la química orgánica afinidades compuestas que fabrican enormes edificios moleculares con indefinido número de átomos.

En verdad que á primera vista, todo un abismo separa los fenómenos químicos de los fenómenos físicos; y que, además parecen irreducibles, como totalmente distintas, unas fuerzas á otras.

Y sin embargo no es así: la atracción planetaria, la cohesión, la viscosidad, la capilaridad, la adherencia, las atracciones magnéticas y eléctricas, y la misma afinidad química, en suma todas las fuerzas de la naturaleza, es posible que se reduzcan por el pronto á dos: atracción en

algo, la afinidad química de la atracción de las esferas? ¿Qué es, en una palabra, la combinación química? ¿Porqué unas veces se verifica y otras no? Serie de preguntas y de problemas que podríamos hacer ilimitada: problemas y preguntas que hace pocos años eran otros tantos enigmas, y de los que hoy algo puede decir, aun cuando la solución definitiva esté todavía lejana.

Bajo la forma más sencilla que se nos ocurra, porque estos artículos son de pura propaganda científica, procuraremos en el próximo explicar algo, que esté al alcance de nuestros lectores sobre estas difíciles y áridas cuanto intrincadísimas cuestiones.

JOSÉ ECHEGARAY



TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle

tre las masas ponderables en función de dichas masas y de las distancias; repulsión entre dos elementos de éter; y en todo caso atracción entre la materia ponderable y el éter.

Todas las demás fuerzas, según la física moderna, vienen á ser apariencias complejas de aquellas fuerzas primitivas.

Y ahora, después de haber planteado el problema con todas sus dificultades, tenemos que presentar la solución con toda sencillez.

¿Porqué la afinidad sólo se ejerce sobre cierto número de átomos y luego cesa?

¿Porqué unas afinidades son superiores á otras?

¿En qué difiere, si difiere en



SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

Nueva publicación: estamos preparando para publicarla en breve una edición económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON